

Con ninguno mostraron su braueza,  
Mas braua, mas atroz, ni mas terrible,  
Que estos consigo mismos se mostraron,  
No solo los varones, mas las hembras,  
Las unas como Dido abandonaron,  
Sus cuerpos, y en las llamas perecieron,  
Y así como espartanos sus hijuelos,  
También a dura muerte se entregaron,  
Otras los arrojauan y lançauan,  
En las ardientes llamas, y otras tristes,  
Con ellos abrasadas desde el muro,  
Las vimos con esfuerzo despeñarse,  
Otras qual Porcia apriesa satisfechas,  
De brasas encendidas acabauan,  
Otras el tierno pecho qual Lucrecia,  
Con dura punta roto despedian,  
Las almas miserables, y otras muchas,  
Con otros muchos generos de muertes,  
Sus vidas acabauan y rendian,  
En este medio tiempo las hermanas,  
Del brauo Zutancalpo desbalidas,  
Fuera de sí salieron a buscarle,  
Por acabar con él la triste vida,  
Cuyo dolor azerbo y triste llanto,  
Quiero cantar señor en nuevo canto.

\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*  
\* \* \* \* \*

CAN-

## CANTO TREINTA Y DOS.

*COMO ZVTANCALPO FVE HALLADO POR SVS QVATRO  
hermanas, y del fin y muerte de Gicombo, y de  
Luzcoija.*

QUE peña lebantada, o fuerte roca,  
Puede ser del soberuio mar ayrado,  
Mas braua y atrozmente combatida,  
Que nuestra vida triste miserable,  
Si lo miramos bien los mas mortales,  
A quien la cruel soberuia desmedida,  
Y ambicion vil, frenetica, furiosa,  
Jamás pudo hartar al alto ceptro,  
A la Real corona y brauo trono,  
Al pobrecillo asiento y bajo estado,  
O triste condicion de humana vida,  
Sugeta y puesta a bestias tan sedientas,  
En cuya abara fuente, vil infame,  
De su canina sed jamás contenta,  
Pretende cada qual sacar hartura,  
Que prestaron al noble Zutancalpo,  
Auer con tanta fuerza contradicho,  
Los furiosos intentos paternales,  
Que tantas vidas tienen acabadas,  
Y tantos buenos hombres consumidos,

Y

Y tantas nobles casas abrafadas,  
O cruel Zutacapan, porque quisiste,  
Yr contra la corriente que lleuaua,  
El fofegado pueblo ya perdido,  
Y aquel gallardo joben que engendrafte,  
Que prestaron los retos y braueza,  
Con que turbafte tantos inocentes,  
Que el brauo y fiero orgullo que pufifte,  
Para que Castellanos lebantafen,  
Contra tu corto esfuerço armadas,  
Que prefto auer la tregua quebrantado,  
Palabra y fee de paz auer rompido,  
De que vil furia fuifte arrebatado,  
Para que con altiuo penfamiento,  
Mouiefles tan fin caufa inufta guerra,  
O soberuia que porque siempre sobras,  
Afsi fue bien que el nombre te pufiefen,  
Y afsi como sobrada te lebantas,  
Y tanto mas te fubes y te encumbras,  
Quanto es mas bajo aquel que te pretende,  
No siente la ambicion bruta furiofa,  
Deste atreguado baruario perdido,  
La perdida y defgracia miserable,  
Que por fola fu caufa le ha venido,  
Al defdichado pueblo defgraciado,  
Cuias plaças y muros lebantados,  
Solos arroyos, charcos, y lagunas,  
De fresca fangre vemos reboçando,  
Con gran fuma de cuerpos ya difuntos,  
Por cuias fieras llagas temerarias,  
Terribles quajarones regoldauan,  
Tempanos y fangraza nunca vifta,  
A bueltas del fultento mal digefto,  
Que por alli tambien le despedian,  
Por do las pobres almas escapauan,  
Por cuiu atroz eſtrago no hecha menos,  
Al noble Zutancalpo à quien falieron,

No

No mas que por buscarle de fu cafa,  
Quatro hermanas donzellas que tenia,  
Preffas de mortaliffimas congojas,  
Y defogando por fu auſencia en vano,  
De lo intimo del alma ya canſada,  
Entrañables ſuſpiros y gemidos,  
Reboluiendo los cuerpos defangrados,  
Por ver fi entre ellos à iu caro hermano,  
Acafo ver pudiefen, porque auia,  
Paſſado vna gran pieça fin que fueſſe,  
De algun amigo viſto, o defcubierto,  
Mocauli, la mayor de todas ellas,  
Reboluio por feys vezes vn difunto,  
Y como es cierto que la fangre llama,  
Otra quifo tomarle y reboluerle,  
Y viendo ſer aquel teforo grande,  
Y por quien fiempre todas fueron ricas,  
Sin que pudiefen defcubrir qual fueſſe,  
La fuerça del eſpada rigurofa,  
Que por tan fieras bocas defmedidas,  
Le hizo despedir el alma braua,  
Con prefuroſos gritos eſforçados,  
A palma auierta, y puño bien cerrado,  
Començò à laſtimar fu roſtro bello,  
Y qual vemos que acuden al ladrido,  
De la preſta y folicita podenca,  
Las demas codicioſas de la caça,  
Con lebantados ſaltos alentados,  
Y vna y otra corrida prefuroſa,  
Afsi las tres hermanas desbalidas,  
Partieron con preſteza y fin ſentido,  
Con defapoderado curſo al ueſto,  
De aquella que pedazos ſe hazia,  
Sobre el querido hermano defangrado,  
Y juntas todas quatro à manos llenas,  
Las mas crecidas hebras arrancauan,  
De las pobres cabeças inocentes,

L 2

Las

Las rosadas megillas golpeando,  
Con vna y otra mano leuantada,  
Y despues que le vbieron bien llorado,  
Sobre vn gran tablon luego le pusieron,  
Y encima de sus hombros le lleuaron,  
Con funebre dolor, triste, afligido,  
Para su antigua casa ya abrafada,  
Y luego que la madre desdichada,  
Tuuo delante de sus tristes ojos,  
El horrendo espectaculo que vido,  
Sin piedad desgarrandose la cara,  
Y la madeja suelta de cabellos,  
Asi empecò la pobre à lamentarse,  
Dioses si en flor tan tierna auéis querido,  
Quitar aquesta pobre desdichada,  
Vn hijo malogrado que le distes,  
Dezid si aqueste punto he ya llegado,  
Y à tan perdido estado he ya venido,  
Qual otro mal podeis tener guardado,  
Este vltimo quebranto y postrer duelo,  
Solamente restaua que viniesse  
A mi pobre vegez, triste afligida,  
Y vertiendo de lagrimas gran lluuia,  
Con el brauo dolor y amor fogoso,  
Del tragico furor enternizada,  
Cien mil gemidos tristes redoblaua,  
Que del anfiado pecho le salian,  
Y como la desesperada furia,  
Es el mas cruel y capital verdugo,  
De aquel que semejante mal padece,  
Asi desesperada y con despecho,  
Sobre vn gran fuego se lançò de espaldas,  
Y tras della las quatro hermanas tristes,  
Tambien alli quisieron abrafarse,  
Sobre el querido hermano ya difunto,  
Que asi juntas con el se abalançaron,  
Iunto à la misma madre que se ardia,

Y

Y qual fuelen grosísimas culebras,  
O ponçoñofas viuoras ayradas,  
Las vnas con las otras retorcerse,  
Con apretados ñudos, y enroscarfe,  
Asi las miserables se enlazauan,  
Por aquellas cenizas y rescoldo,  
Que amollentado y fofò à borbollones,  
Hiruiendo por mil partes resoplaua,  
Y restriuando sobre viuas brasas,  
Con hombros, pies, y manos juntamente,  
Instauan por salir mas era en vano,  
Porque asi como vemos yrse à fondo,  
A aquellos que en profundo mar se anegan,  
Que con piernas y braços sin prouecho,  
Cortan el triste hilo de sus vidas,  
Y en tiempo desdichado, corto y breue,  
Las inmortales almas oprimidas,  
De las mortales carceles escapan,  
Asi estas malogradas fenecieron,  
Dando en aquella vltima partida,  
Los postreros abraços bien ceñidos,  
Y despidiendo asi la dulce patria,  
Dieron el longum vale à las cenizas,  
En que todas quisieron resoluerse,  
Passado aqueste misero suceso,  
Otro le sucedio tambien estraño,  
Que esso tiene la mal segura rueda,  
Ser incierta en que el bien nos venga estable,  
Y cierta en que el mal siempre nos persiga,  
Y asi podeis notar Rey poderoso,  
Que como en este mundo antojadizo,  
Vnos con ansias buscan y apetecen,  
Aquello que los otros aborrecen,  
Por escapar la vida fue saliendo,  
Vn conozido baruario valiente,  
Con tan defatinado y presto curso,  
Que asi como se escriue que corrieron,

Efi-

Efido, y Orion, con gran presteza,  
El vno por encima de las aguas,  
Y el otro por las puntas de los trigos,  
Sin que ninguna arista se doblase,  
Y fin que el agua en parte se sintiese,  
Afsi con esta misma ligereza,  
Corriendo por encima de las llamas,  
Vimos al brauo Pilco presuroso,  
Qual fiera salamandria que en el fuego,  
Sin pesadumbre passa y se sustenta,  
Y por solo estoruarle la corrida,  
Antes que se saliese y ausentase,  
Gran fuma de balazos le tiraron,  
Y auendosi escapado de las brasas,  
Y del rigor y fuerça de pelotas,  
Vino à parar à manos de vn soldado,  
Leon por nombre, y por su grande esfuerço,  
Estos dos combatieron larga pieça,  
Con gran fuerça de golpes denodados,  
Y descargando el baruario la maça,  
Con furia arrebatada fue saliendo,  
El gallardo Español con tal destreza,  
Que la hizo pedazos el membrudo,  
Traiendo el golpe en vano, y sin prouecho,  
Sobre vna grande piedra que aferrada,  
Estaua con el muro poderoso,  
Con cuió buen suceso, y con que vido,  
Que por el fuelo casi le arrastraua,  
Al saluage la greña que tenia,  
Por ella le prendio con fuertes garras,  
Y qual fuele euadirse y deslizarse,  
La fuelta anguila, de la fuerte mano,  
Afsi de entre sus fuertes braços vimos,  
Salir al brauo baruario guerrero,  
Lançandole de si, como si fuera,  
Muy libiana pelota despedida,  
Con lebantada pala gouernada,

De

De vn poderoso braço bien fornido,  
Palmado el Español de aquel suceso,  
Vencido de verguença y corrimiento,  
De verse de tal preffa desfasido,  
Afsi como libiana y triste sombra,  
Que sigue al cuerpo opaco, y no se empacha,  
En la carrera, buelo, y presto curso,  
Que va sin detenerse afsi siguiendo,  
Al miserable baruario perdido,  
Tanta priessa le dio con el espada,  
Quanta el membrudo alarabe ligero,  
Con vno y otro salto le dexaua,  
Los golpes en el ayre desmentidos,  
Hasta que por grandissima ventura,  
Se le vino à meter por vn estrecho,  
Por donde el muro con aguda punta,  
Mas de setenta estados derramaua,  
De terrible vertiente bien cumplidos,  
Desde cuiá alta cumbre poderosa,  
Estando todo el campo bien atento,  
Se arrojò aquel indomito guerrero,  
Con tan vizarro aliento, que suspenfos,  
Los leales coraçones palpitando,  
A todos nos dexò desatinados,  
Porque con braça y media bien tendida,  
No se sintio soldado que quiesse,  
Asomar ni poner el rostro firme,  
Por donde quiso el baruario escaparfe,  
Y apenas con el grande sobrefalto,  
Le vimos ocupar el duro fuelo,  
Quando de golpe todos arrancamos,  
A ver el alto y portentoso salto,  
Que sin pensar el Indio memorable,  
Alli le acometio con brauo esfuerço,  
Y qual la gruessa lança despedida,  
Del poderoso braço que clauada,  
Quedò temblando entera y bien afsida,

En

En aquel gran cauallo que Troianos,  
Tan por su mal en Troia les metieron,  
No de otra fuerte Pilco valeroso,  
Quanto pudo blandir la larga lança,  
Sobre los firmes pies algo perdido,  
Queddò temblando en tierra bien clauado,  
Y reboluiendo en si qual fuelto pardo,  
Sacudiendo algun tanto la melena,  
Con impetu furioso fue corriendo,  
A campo auierto, por el ancho llano,  
Donde Diego Robledo con cuidado,  
Vatiendo con priessa los hijares,  
De vn ligero cauallo defembuelto,  
Al puesto le salio con un benablo,  
De temerario hierro bien tendido,  
Y vibrando sobre el la fiera diestra,  
Tres vezes le mojò con que quedaron,  
Por los gruesos costados poderosos,  
Seys anchas puertas rojas bien rasgadas,  
Por donde el cuerpo y alma defdichada,  
El natural diborcio celebraron,  
Con no pequeña lastima de aquellos,  
Que al horrendo espetaculo asistian,  
Doliendose de verle destroncado,  
El miserable tiempo que de vida,  
Lleuaua ya ganado y adquirido,  
Y por justa justicia prolongado,  
Passada esta tragedia prodigiosa,  
Pareceme señor que nos boluamos,  
Al fin ventura puesto, donde queda,  
El pobre General y brauo Bempol,  
Que como apunto, y queda referido,  
Qual aquellos illustres Bruto, y Casio,  
Que quisieron priuarfe de la vida,  
Por solo que se vieron ya vencidos,  
Asi por no viuir jamas sugetos,  
El vno fue saliendo à despeñarse,

Y

Y el otro à solo dar injusta muerte,  
A su amada Luzcoija por no verla,  
En manos de Españoles que pudieffen,  
Gozar de su belleza malograda,  
Pues saliendo del grande labirintho,  
Defesperados, brauos, y furiosos,  
Destra fuerte los dos fueron diziendo,  
O como nos quebrantan duros ados,  
Y tempestad violenta nos perturba,  
Y à viua sangre y fuego nos molesta,  
Oprime, rinde, vence, y nos contrasta,  
Y vosotros infames Acomeses,  
Sereis horriblemente castigados,  
Con pena tal, qual es muy bien que venga,  
Por semejantes animos cobardes,  
Y à ti Zutacapan, cebil que has fido,  
Instrumento de tanta desbentura,  
Sabete que te aguardan y te esperan,  
Destra maldad y vergonçosa afrenta,  
Cruelissimos açotes y castigos,  
Y en los mas sustos dioses confiados,  
Que les daras de tus inormes culpas,  
Enmienda muy tardia y sin prouecho,  
Diziendo esto los dos se diuidieron,  
Gicombo endereçò para su casa,  
Que en humo y viua llama estaua embuelta,  
Y rompiendo las enemigas brasas,  
Recoldo, y por las llamas lebantadas,  
Llegò al mismo aposento donde estaua,  
Su mas querida esposa lamentando,  
Con gran suma de dueñas y donzellas,  
Que boqui abiertas todas desfogauan,  
Aliento calidissimo del pecho,  
Y en las paredes tristes besos dauan,  
Y entrando dentro no le fue posible,  
Por los confusos gritos y lamentos,  
Y el humo espefo que tendido estaua,

Dar

*De la nueva Mexico,*

Dar con ella, y afsi por esta causa,  
Tomò la puerta, porque todas juntas,  
Alli se consumasen y abrasasen,  
Y acercandose el fuego embrauecido,  
Al misero palacio fin confuelo,  
Llegò en busca del baruario el Sargento,  
Con vna buena esquadra de guerreros,  
Y como el bruto alarabe le vido,  
Para el açò los ojos encendidos,  
Y en muy rabiosa colera deshechos,  
Qual corajoso jabali cercado,  
De animosos lebreles y sabuefos,  
Tascando la espumosa boca apriesta,  
Con el colmillo corbo amenazando,  
Afsi el General brauo se mostraua,  
Ouiando la salida à los que estauan,  
Dentro del aposento peligroso,  
Y assomando Luzcoija el rostro bello,  
Como aquellos que toman el atajo,  
Por abreuiar el curso del camino,  
Afsi la pobre baruara afligida,  
Sugetò la espaciosa y ancha frente,  
Al rigor de la maça poderosa,  
Que los dos mas hermosos ojos bellos,  
Le hizo reventar del duro casco,  
Nunca se vio en folicito montero,  
Contento semejante cuando tiene,  
La codiciosa caça ya rendida,  
Como el que el baruario tomò, teniendo,  
A su querida prenda ya fugeta,  
Y de todos sentidos ya priuada,  
Viendo pues el Sargento la braueza,  
Del General valiente riguroso,  
Con fuerça de promesas y razones,  
Instò por hazer del vn fiel amigo,  
Dandole la palabra de soldado,  
Y fee de cauallero bien nacido,

De

*Canto Treynta y dos*

169

De reduzir sus causas de manera,  
Que èl solo gouernase aquella fuerça,  
Por vuestra Magestad sin que otro alguno,  
Mas que don Iuan en ella le mandase,  
Y qual si fuera mas que viua brafa,  
Que al tiempo de morirse y apagarse,  
Enciende mas su luz y la descubre,  
Afsi el furioso y dolatra sangriento,  
Risueño y al desgaire le responde,  
Ya no me puedes dar mayor disgusto,  
Que vida estando aquesta ya difunta,  
Mas si quereis hazerme vn buen partido,  
Dejadme combatir con feys, o siete,  
Los mejores soldados de tu campo,  
Y matame tu luego que no es justo,  
Negar este partido tan pequeño,  
A mi que ves ya tan de partida,  
Y mas hare por ti, pues ves que es fuerça,  
Que todas estas mueran abrafadas,  
Que salgan todas libres deste incendio,  
Sin que vna sola quede por mi cuenta,  
Y viendo aquesta causa mal parada,  
Por estas y otras cosas que passaron,  
Mandò que Simon Perez le tirase,  
Dandose mucha priesta vn buen valazo,  
Y sin que fuesse visto ni entendido,  
Dio con el pobre General en tierra,  
En fea amarillez el rostro embuelto,  
Y luego que acabò y quedò difunto,  
Atonitas las baruaras que tuuo,  
Abochornadas casi sin sentido,  
Vertiendo arroyos de sudor hiruiendo,  
Auiertos todos los cerrados poros,  
Y las fogosas bocas y narizes,  
Satisfaciendose de solo el ayre,  
A grande priesta todas escaparon,  
Y porque el brauo Bempol me da priesta,

L 3

Serà